

—Dime que sí, ¡tú que no sabes rehusarme nada!

Esta vez, después de un corto debate, triunfó también. Valentina enjugó una lágrima rebelde, y dijo:

—¡Sea así! Angela tendrá todo el honor de la jornada.

—Así debe ser, —añadió Germana riendo,—la niña presentará á papá el canastillo lleno de flores. Mamá le regalará el bello tintero de jaspe, y nosotras...

—Y nosotras, nada...

—Nosotras cantaremos á duo el nocturno que papá no conoce todavía.

Madama Darboys no pudo resistir más, y confundió á las dos gemelas con un solo abrazo.

—¡Ah, hijas mías!—exclamó,—¡qué buenas y amables sois! Os doy gracias por Angela, y os prometo que la reñiré mucho...

Las dos hermanas salieron llevando una triste sonrisa en los labios.

La canastilla tuvo un gran éxito; el nocturno fue escuchado con gran placer. Angela estaba sentada en las rodillas de su padre; las dos gemelas, de pie, detrás de su silla; una atmósfera de paz y de dulce tranquilidad reinaba en torno de aquella familia, y madama Darboys comprendió, aunque pequeño en la apariencia, cuanto valía el sacrificio de sus hijas.

—Amigo mío,—dijo á su marido,—nuestras hijas te habían preparado un recuerdo encantador. Desgraciadamente,—añadió mi-

rando severamente á su hija menor,—ha sufrido una pequeña avería, que muy en breve quedará reparada, dentro de dos días te lo presentarán.

Angela se puso como la grana, pero no dijo nada, las dos gemelas se miraron llenas de contento, y la velada terminó tomando té, helados y dulces.

## V

## Luto

Las vacaciones se pasaron mezcladas de horas tristes y dichosas de sol y de lluvia, de placeres y de penas, como todas las cosas humanas.

Germana y Valentina volvieron á Montier, y experimentaron un sentimiento de bienestar al verse de nuevo entre aquellos tranquilos muros, donde no habían creído hallar grandes dichas, pero donde tampoco habían encontrado ninguna decepción.

En el seno de su familia, aunque tan queridas, les faltaba alguna cosa: *el pensar alto* y

el hablar bajo de la intimidad, no se hallaban allí; en su presencia su madre se hallaba coartada, y su padre disgustado y triste; las dos gemelas, cuyo juicio había madurado precozmente con la desgracia, temían á cada instante provocar entre su padre y su madre á los que tanto amaban y respetaban, una de esas divisiones amargas y profundas que no se borran nunca, y temían igualmente la frialdad de la una y la afección ardiente y tierna del otro.

En esta disposición de ánimo, Marmontier les pareció un lugar de asilo y de reposo; allí recordaban con delicias el amor de su padre, y veían á su joven madre bajo los rasgos más amables.

Angela misma les aparecía adornada con sus gracias de niña; los lados angulosos de la vida de familia se igualaban con la distancia, y la dulzura regular de la vida del convento hizo pasar de nuevo los días como el agua que huye sin obstáculo y sin ruido.

Este año y el siguiente pasaron con rapidez: las vacaciones las llevaron de nuevo á la casa paternal; llegaron á ella con alegría, y siempre los sufrimientos más acentuados por el tiempo, se dejaban sentir. La preferencia de su madre por su hermana crecía. La omnipotencia de Angela crecía también, y monsieur Darboys parecía más frío con su mujer, más severo y menos indulgente con Angela, más afectuoso y expansivo con ellas.

Las dos niñas estaban ya cerca de los

quince años, y sus gracias no habían hecho más que crecer cada día, Valentina, sobre todo, era encantadora, y la rubia Germana, no tan bella, tenía esa gracia dulce y suave que atrae y fija quizá más que la hermosura misma.

— Viajaremos, hijas mías,— les decía su padre,— iremos á los Pirineos, yo necesito tomar las Aguas Buenas, y así que salgáis de la pensión, nos iremos, pasaremos los montes, y veréis un rincón de España.

— ¡Ay! — se decía Germana, — ¿y mamá? ¿Querrá papá separarnos de ella? ¿Será posible que nuestro regreso traiga una división en la familia? ¿Es, pues, imposible que nuestros padres nos amen igualmente á las tres y que nosotras les amemos igualmente á los dos?

El porvenir espantaba á esta niña angelical, y hubiera deseado retener cada día que se pasaba y que las acercaba á ella y á su hermana, á esta época de placer y de libertad deseada tan ardorosamente por todas sus compañeras. Germana miraba con temor lo que se le aparecía bajo los velos del horizonte más próximo; ¡mas cuantos más motivos tenía de temblar por lo que ignoraba!

El invierno tan clemente en Turena, avanzaba hacia su fin; las dos hermanas le habían hallado dulce y corto; sus estudios les parecían cada día más atractivos, el trabajo les era fácil, sus facultades se desenvolvían y los días parecían demasiado rápidos, para esa necesidad de comprender y de saber

que cada lección excitaba más vivamente.

Germana y Valentina tocaban el umbral de la juventud cuando caen los velos de la infancia, cuando el juicio se forma, la memoria se enriquece cuando la inteligencia busca el apropiarse en los conocimientos humanos, todos los talentos, como la abeja busca la miel de todas las flores; en ese momento, en fin, en que el corazón conoce todo su fuego, y todo el que reparte en derredor suyo, entonces es cuando gozamos la más bella estación de la vida, entonces es cuando disfrutamos la primavera del alma, y la aurora llena de luz, cuyo recuerdo jamás nos abandona. Pero la primavera tiene sus frías lluvias, la aurora sus tormentas, y la juventud sus dolores.

De repente las religiosas se manifestaron inquietas; con frecuencia se agrupaban en las ventanas más elevadas del monasterio, como para interrogar al horizonte; un vago sentimiento de tristeza pesaba sobre la casa y poco á poco se empezó á decir en voz baja:

—El Loira sube por el lado de Blois.

Estas palabras espantosas no necesitaban comentarios; desde que se pronunciaron por primera vez, se interrumpieron las clases, y las discípulas, como las maestras, miraban el río que crecía, y que desbordaba ya por la campiña sus aguas espumosas.

El monasterio no estaba amenazado, y no obstante, en presencia de las fuerzas desconocidas de la naturaleza, el terror oprimía todos los corazones.

Germana y Valentina temblaban por los ausentes; rezaban más fervorosamente y durante más largo tiempo en la capilla. Por fin recibieron una carta de su madre en la que les decía que todo estaba tranquilo en la Richardier, y añadía este párrafo:

*No estéis inquietas por vuestro padre, queridas mías; sus quehaceres le han llevado á Montrichard; mas esta mañana he recibido una larga carta suya, en la que me dice que el Loira vuelve á tomar su curso ordinario. Angela os abraza, y me ruega os diga que sabe ya muy bien el catecismo, y que podréis hacerla cuantas preguntas queráis. Pronto espero que haga su primera comunión.*

*Adiós, mis queridas hijas; vuestro padre os escribirá así que regrese.*

Esta carta calmó la inquietud que se había apoderado de las gemelas; los que amaban estaban seguros; el cielo recobraba su serenidad, y ellas volvieron á su método de vida ordinario.

Tres días después de recibida esta carta, las llamaron al salón; la hora y el día eran igualmente inusitados, y las dos exclamaron:

—¿Quién será? ¿Quién nos llama?

—¡Tengo miedo!—murmuró Germana.

—¡Y yo también! —añadió Valentina al entrar en el salón y ver que las esperaba la doncella de su madre.

—¡Ah, señoritas!—exclamó corriendo ha-

cia ellas,— la señora me envía para que os lleve á casa, el señor está muy malo... os ha llamado... ¡vamos, venid, el carruaje está á la puerta...

Una religiosa entró en aquel momento con el semblante alterado, y dijo á las dos niñas:

—Aquí traigo vuestras manteletas y vuestros sombreros; daos prisa, hijas mías.

Temblorosas, heladas de espanto, las gemelas se dejaron envolver en sus abrigos, y conducir al carruaje; la camarera subió con ellas, y á sus preguntas interrumpidas por los sollozos, contestó lo siguiente:

Monsieur Darboys estaba bueno cuando partió para Montrichard, donde debía reunirse con los demás ingenieros de los que era jefe; pero el río Cheye se había desbordado también, y había causado muchas desgracias. Monsieur Darboys, que bajaba á caballo por el camino, se vió detenido por las aguas que arrollaban todo: haces de mieses, animales, muebles, todo bajaba entre la espumosa corriente. Monsieur Darboys vió flotar una cuna de mimbres con un niño dentro; su buen corazón le hizo olvidar todo peligro; se arrojó al agua, y con mucho trabajo llevó al niño á la orilla; era un inocente de seis meses, hijo del carretero. Monsieur Darboys lo dió á las pobres gentes que estaban á salvo en una eminencia del terreno, y siguió su camino con los vestidos empapados en agua; dos días hacía que había entrado en su casa, con una gran fiebre y violento dolor de costado.

—Ayer,—concluyó la camarera,—estuvo peor y hoy... ¡ay! señorita, todos tememos una desgracia, porque la fiebre no baja.

Las dos hermanas lloraban oyendo este triste relato.

—¡Oh padre mío!—exclamó Germana,— ¡qué bella acción corona tu vida!

—¡Será posible que le perdamos!—añadió Valentina.—¡Ah! ¡cuánto desearía morir en su lugar!

Cuando las dos adolescentes entraron en la habitación de su padre, vieron lo que jamás en su tierna edad habían imaginado: el aparato solemne de la muerte, la muerte del cristiano, grave y tranquila, sin terrores y sin alarde de su valor.

Su madre de rodillas al lado del lecho, tenía una mano de su marido, y la besaba con transportes de dolor; el cura de la parroquia, que acababa de administrar al que moría los últimos Sacramentos, estaba sentado á la cabecera, y fijaba sobre el que había sido su amigo, una mirada apacible y religiosa. Angela estaba sentada en un rincón, muda y como espantada. Monsieur Darboys, en medio de esta turbación y de estas lágrimas, parecía disfrutar una calma inexplicable; el cuerpo solo luchaba y sufría; el alma miraba ya á las regiones de inmutable serenidad.

—¡Amigo mío, mi querido Augusto, ya están aquí nuestras hijas,—dijo Susana inclinándose hácia él.

El pareció comprender, y una débil sonrisa entreabrió sus labios.

—¡Hijas mías... dijo con voz apenas perceptible;—yo os bendigo con todo mi corazón... Venid... las tres... que yo os abraze por última vez... ¿Dónde está Angela?...

Susana fue á buscar á su hija, y la trajo al lado del lecho; las tres niñas se inclinaron, llorando, sobre el pecho de su padre moribundo.

—Pensad en vuestro padre...—murmuró...—no lloréis así... soy dichoso... el niño queda en salvo... amad y respetad siempre á vuestra madre...

Monsieur Darboys habló todavía algunas palabras que se hicieron ininteligibles. Empleó sus últimas fuerzas en besar el crucifijo; y durante su larga agonía ningún movimiento de dolor vino á alterar la majestad de su hermoso y noble semblante.

Por la noche, las tres hermanas eran huérfanas de padre, y dos días después un genio inmenso seguía, al lugar del último reposo al hombre de bien, muerto por obedecer al gran mandato de la ley divina:

*Amad al prójimo como á vosotros mismos.*

Solo después de algunos dias llegaron á convencerse de su inmensa desgracia Germana y Valentina; el sonido lúgubre de las campanas, los cantos fúnebres que se oían en el fondo de la casa, les parecían los efectos de una atroz pesadilla, y les fue preciso

visitar la habitación que el huésped amado había dejado para siempre, para que se persuadiesen de que su padre no estaba ya con ellas.

La aficción violenta de su madre se apagó pronto entre lágrimas y sollozos. Los lloros de Angela eran los de la infancia, y cesaron en breve; pero el dolor de las dos gemelas fue más amargo y más durable.

—¡Todo lo hemos perdido á la vez!—decían llorando:—nues'ro padre y nuestro amigo; no hay una hora en el día que no nos recuerde su amor y sus cuidados. ¡Y sus cartas... sus queridas y buenas cartas! ¡Ah, ya no las recibiremos más!

Las dos niñas volvían los ojos atrás en el corto camino de su vida, y no había un paso que no les ofreciera algún recuerdo de la ternura paternal. No podían consolarse sino llorando sin cesar y llorando juntas.

Se decidió, y ellas mismas lo deseaban, que volvieran á Marmontier; aquella santa casa sería un dulce asilo para su dolor.

—Hijas mías,—les dijo su madre un poco confusa,—no estoy decidida todavía á enviar allí á Angela; su salud necesita grandes cuidados y pienso que será prudente el tenerla conmigo; por otra parte, ella no tiene por Marmontier el gusto que vosotras. Según creo, habéis dicho á vuestro tutor que deseáis pasar allí todavía año y medio y estudiar el curso superior, ¿no es verdad?

—Sí, mamá,—respondieron las dos hermanas.

—Si ese es vuestro deseo, yo consiento,— dijo Susana, tirando uno de sus hermosos rizos rubios para disimular su satisfacción;— completaréis allí vuestra educación; en tanto yo arreglaré los asuntos de sucesión, siempre tan tristes, y antes de dos años nos reuniremos para siempre.

El plan fue adoptado sin réplica. Ciertamente no era este el de monsieur Darboys; pero sus dos hijas mayores se conformaron á él, diciéndose que así obedecían á la voluntad de su padre, puesto que procuraban no alterar la paz de la casa maternal, y con el alma á la vez triste y sumisa, volvieron al Sagrado Corazón.

—¿Te parece que pagamos poco caro el haber crecido?— preguntó á su hermana la impetuosa Valentina, al salir su madre del salón del convento después de dejarlas en él.

—Calla,— dijo Germana, poniéndole dulcemente la mano en la boca:—no hables así, que nuestro padre nos oye desde el cielo.

Valentina tomó aquella mano, la estrechó, y ambas lloraron durante largo rato.

Los últimos años de estudios de las dos niñas fueron sólidamente empleados: pero la alegría llena de esperanzas de la adolescencia no habitaba ya con ellas.

¡Ay! habían ya conocido la tristeza; una sombría nube se había extendido sobre el pasado y el porvenir les ofrecía sólo una perspectiva aflictiva! su mejor amigo no existía ya, y en el corazón de su madre otra tenía la parte mejor.

Valentina, sobre todo, cuyo natural había sido siempre tan alegre y tan vivo, parecía desfallecer bajo el peso de tan tristes preocupaciones; su hermana observaba su aire pensativo, su silencio y se inquietaba al ver que con frecuencia, en medio de una caricia, ó de una conversación familiar, se interrumpía con las lágrimas en los ojos.

Más de una vez la estrechó con repetidas preguntas. Pero Valentina permanecía muda ó respondía con tono evasivo:

—¡Hemos tenido tantas penas!

Más un día, conmovida por la inquietud de Germana, no pudo ya resistir á sus lágrimas y á sus besos, á sus preguntas llenas de ternura y de ansiedad, y le contestó:

—Tengo que hacerte una confidencia.

## VI

### El porvenir

Valentina recayó de nuevo en su silencio, como si una penosa confesión se hubiera detenido en sus labios.